



La narración religiosa como subjetividad, experiencia y ficción

Domingo Cía Lamana

1. Introducción

Trato de explicar en el presente texto lo que en estos años he estudiado sobre la “categoría narración”¹, que ha revolucionado mi forma de conocer o estudiar y que como herramienta de análisis se puede llevar a diferentes espacios culturales, como la filosofía, la historia, la religión.

En primer lugar, quiero afirmar que encuentro la misma reserva y prejuicios en el terreno de la filosofía que en el de la teología para introducirse en el tratamiento narrativo.

Existe hoy, en los espacios del mundo de la filosofía, una crítica y lectura apresurada de lo que se viene llamando «pequeños relatos» y en general, un gesto de actitud vergonzante hacia lo que tenga que ver con el espacio narrativo. La defensa de lo narrativo fácilmente se reduce a «filosofía posmoderna» o «pensiero debole». Como si lo narrativo, extranjero e indocumentado, fuera buscando la patria de su propia identidad continuamente. En cambio la ubicación de la filosofía se ha querido situar muchas veces más cómodamente en espacios científicos más conceptuales, más dogmáticos².

Posiblemente, como ya criticó Nietzsche, esto es así desde el intento de Sócrates por intelectualizar en exceso, y no “erotizar” suficientemente la vida, sobre todo cuando ésta tiene que ver con los avatares de lo cotidiano y los deseos del que quiera hacer la experiencia de la tierra. Paradojas de la vida: la filosofía de Sócrates “fue narrada” y puesta a debate en preciosos diálogos narrativos, por su discípulo Platón.

2. La categoría narración como subjetividad, experiencia y ficción

Después de este desahogo, habré de indicar qué entiendo por “categoría narración” para aplicarla o comprobarla después en el tratamiento de la religión.

Lo que tengo estudiado referente a la narración, se fundamenta en el filósofo Hegel. Recojo de él lo que tiene que ver con la narración, pero no lo que entienda él por religión.

En esta temática de la narración, Hegel es mi primer maestro, pero no el único: Walter Benjamin, Paul Ricoeur han sido otros pensadores que he trabajado y que me llevaron al estudio de otros muchos³. Tuve el atrevimiento de leer la “Fenomenología del espíritu” de Hegel como si de una novela formativa (Bildungsroman) se tratara, siguiendo el consejo de Eugenio Trías (que luego sería mi director de tesis) en su libro *El lenguaje del perdón*.

¹ Domingo Cía Lamana. *Narración y pensamiento*, Ed. Erasmus, Barcelona 2006.

² D. Cía Lamana, o.c. pág. 15.

³ Fue el profesor Manolo Cruz, autor entre otros libros de *Narratividad la nueva síntesis*, Barcelona 1986, quien me introdujo en sus cursos de doctorado, en el tema de la narratividad. Entonces comencé a leer a Paul Ricoeur.

En el prólogo del libro de Hegel “La fenomenología del espíritu” encontré la frase, que ha promovido mi tesis y todo mi trabajo posterior: “*el concepto se narra*”.

Cuando hablo de narración o de “categoría narración”, me estoy refiriendo a una descripción de narrativa, que no es la que se emplea normal o coloquialmente y que casi siempre se refiere al solo tratar de forma literaria algún asunto. Trato de colocar “lo narrativo” dentro de un ámbito más técnico, es decir a la forma y manera como lo entienda Hegel. En cualquier diccionario al uso se describe la narración como un “contar o referir lo sucedido”, sin añadir una serie de integrantes o nuevas categorías, que estudiaremos, y que conforman lo que llamo “categoría narración”.

Aclaro también que entiendo por categoría, siguiendo a Kant: una condición de posibilidad para poder hacer algún tipo de conocimiento.

Cuando me refiero a la “categoría narración”, la considero categoría síntesis de otras, o como si estuviera haciendo ósmosis en el paso recíproco de unas a otras. Así veremos que la subjetividad está en el itinerario de experiencia y es el sujeto quien hace las ficciones necesarias para acabar de narrar o de confesar.

En primer lugar explicaré la subjetividad o protagonismo del sujeto. En segundo lugar me referiré a la necesidad que tiene el sujeto de hacer un viaje o itinerario de experiencia, donde se fusione con el objeto hasta interiorizarlo, cambiando y transformándose. Todo esto va a necesitar tiempo, no se llega a crear la autoconciencia del sujeto inmediatamente. También se ha de expresar o narrar con imaginación y un tanto de apasionamiento aquello que se quiera comunicar, montando algún tipo de intriga y ficciones varias de diferente género, que vayan construyendo la visibilización o audición o película de aquello que intentamos comunicar o “confesar”. Nos referimos también en este tercer momento en que el sujeto se expresa, a la forma “confesión”, como una expresión narrativa muy común y característica sobre todo en el terreno de la religión; bastaría referirnos a “Las confesiones” de San Agustín, y de otra forma a “las Confesiones” de Rousseau

Estas tres categorías: *la subjetividad, la experiencia y la ficción* conforman lo que llamamos “*categoría narración*”.

2.1. El sujeto protagonista narrativo

Hablar de forma narrativa, es centrar toda la información que se nos oferta, no tanto en lo que se nos cuenta, sino en el sujeto que lo cuenta. Aparece así en escena con rotundidad y protagonismo el sujeto, que había sido tan mortificado o ninguneado por ciertos estructuralismos y filosofías analíticas; y en el terreno de las religiones, por una expresión sólo dogmático-teológica de la experiencia religiosa.

Algunos estructuralismos han querido vaciar el mundo de la presencia de sujetos construyendo un mundo, que es “un mundo delante de nadie”. Foucault indicará, que el hombre como sujeto “es una invención reciente”⁴. Precisamente leyendo a Foucault se me ocurre pensar, que es a partir del Renacimiento cuando se empiezan a firmar los cuadros de pintura y a reconocer sus autores. Durante todo el período gótico sólo aparecen, como pequeños muñequitos, los donantes de los cuadros; y refiriéndome a la religión cristiana, indico que las bellas piezas del canto gregoriano son sencillamente anónimas, sin pretensión ninguna de derechos de autor.

⁴ “No es el hombre el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano. Al tomar una cronología relativamente breve y un corte geográfico restringido - la cultura a partir del siglo XVI- se puede estar seguro que el hombre es una invención reciente” M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, Barna.84, pág. 375.

Pero hablando del sujeto, y en el espacio contrario de lo que comentamos, indico algo más, esta vez con la ayuda del filósofo P. Ricoeur, pensador contemporáneo que ha introducido en el mundo de la filosofía esto que vamos llamando como “categoría narrativa”⁵. El sujeto, dice Ricoeur, no sólo es capaz de narrar (homo loquens), sino que el mismo sujeto es sujeto narrativo. Su identidad, si alguien la está persiguiendo, habría que buscarla en su propia narración o confesión o novela: así también lo recogen: Unamuno en, *Cómo se hace una novela* o Kundera en *El arte de la novela*.

De esta forma el sujeto, nos indicará Hegel, se va convirtiendo en creador de la realidad, y por tanto en administrador de algo propio de lo Infinito: la creación. Todo funciona como si en las diferentes secuencias de la vida, se hiciera presencia algo que sólo puede brotar del absoluto.

Pero es que además, cuando contamos con el sujeto, constatamos que para el hombre siempre el mundo de lo posible es más inmenso que el mundo de lo comprobable, y así también la *categoría narración* puede servir al hombre para ver la realidad desde otra perspectiva o mirada. La narración le está indicando: “Ved el mundo así, y no: el mundo es así”. ¿No se podrían entender de esta forma los textos religiosos, que ofertan sin imposición, experiencias religiosas?

El lenguaje del sujeto religioso apunta también un mundo de referencias diferentes: la utopía religiosa frente a lo empírico mundano; sigue siendo más atrayente un monje del Tíbet confeccionando las ruedas de un mandala que un economista dictando estadísticas. Fascina en el monje que todo su arte esté atravesado por una profunda impertinencia, y esto también lo encontramos en Tomas Moro, Lutero, la Teología de la Liberación, etc. De esta forma lo religioso puede fascinar y puede convertirse en un instrumento para interrogar nuestra cultura.

Para acabar este párrafo quiero indicar que hablar de subjetividad no es defender el individualismo, ni invitar a engrosar la cultura individualista, huyendo de la esfera pública, como, advierte Helena Bejar, sucede en nuestros días. Lleva razón cuando afirma que: “*en los últimos decenios la moral ha sido reemplazada por la psicología, convertida hoy en religión, ética y filosofía*”. La religión vivida consciente y responsablemente, no puede caer en lo que ella llama “psicologismo contemporáneo” tan afín al individualismo utilitario occidental que crea esta sociedad nuestra tan vulnerable⁶.

2.2. Itinerario de la experiencia en el tiempo.

Los elefantes voladores

Hemos dicho más arriba, que me interesa más lo que narra el sujeto, portador de la experiencia religiosa, que el mismo paquete informativo guardado celosamente por el místico o el hombre convertido en algún “golpe” de experiencia de lo sagrado.

Cuando hablo así en seguida se me ha objetado que por este camino también se puede narrar mintiendo: “haber visto elefantes voladores”. Nos pueden hablar así y así nos pueden mentir. Con la capacidad única del animal hombre, el lenguaje, podemos llegar a las perversiones más inmensas del ser humano, ya lo advirtieron los clásicos: “*corruptio optimi péssima*”, en traducción libre sería, que cuando se pudre lo óptimo su olor es insoportable.

⁵ P. Ricoeur, *Sí mismo como otro*, Ed. Siglo XXI Madrid 1996. Ver sobre todo capítulo VI, “El sí mismo y la identidad narrativa. Pág.139.

⁶ Helena Bejar, *la cultura del yo*, Alianza Editorial, Madrid 1993.

Pero eso tampoco invalida en tantas otras ocasiones lo que estamos defendiendo: que el hombre puede atravesar experiencias únicas, indescriptibles, y que estas experiencias lo hayan podido transformar.

No niego el objeto que ha transformado a la persona religiosa, porque la religión comienza con algo exterior al sujeto, algún acontecer, alguna "cita", alguna voz que hace caer del caballo a Pablo o que al visionar en vivo algunas escenas sobre los límites de lo humano, hace a Buda abandonar el confortable lugar doméstico y comenzar el itinerario de transformación, revelación y nirvana.

Para decirlo con lenguaje hegeliano: la objetividad del mundo, sólo se presenta envuelta o subsumida bajo ciertos conceptos o ideas que sólo el sujeto capta. El mundo exterior de los objetos no habla, es el sujeto quien lo hace hablar, "La naturaleza no tiene historia, mientras que la conciencia humana sí." Hay por tanto en lo que acabamos de afirmar una doble verdad que defendemos: la necesidad de "bajar a las cosas" y el protagonismo del sujeto que las puede nombrar, narrar. George Steiner ha puesto en relieve que:

es el sujeto humano por medio de la palabra "*quien nos va librando del gran silencio de la materia. El hombre sólo con el lenguaje es capaz de conocer, conjeturar, dudar o admirarse delante de la realidad.*"⁷

De la cronología a la existencia

El hombre no tiene otra forma para reconocerse más que narrándose en un trozo de tiempo y sólo entiende lo que se le cuente en forma temporal porque su única forma de conocimiento es la secuencial ya que no percibe otra dimensión que no sea espacio-temporal.

El reconocimiento del tiempo es el empeño por parte del sujeto, de no dejar barrido por el olvido acontecimientos que sólo de forma narrativa se pueden perpetuar, así la narración recoge el pasado haciéndolo presente y lanzándolo hacia el porvenir; así el hombre, de forma narrativa, podrá vivir las raíces de la tradición. Esto es lo que sucede en las narraciones de las diferentes religiones, cuando de forma mítica se refieren a sus experiencias religiosas primeras que luego van a ser sustentadoras de su futuro.

La narración también logra cambiar el contar cronológico del tiempo, por una interiorización existencial del mismo, así se rescata para la pura existencia el frígido historicismo de sólo fechas y nombres de acontecimientos. Ante ciertos textos religiosos sucede como en las películas impactantes, que el "tempo cinematográfico" se convierte en tiempo existencial.

En este contexto también señalo la posibilidad del hombre no sólo de recordar el pasado sino de adelantar el futuro, trasgrediendo, es decir, yendo más allá de la lógica de la realidad. Aquí habría que situar el espacio común a todas las religiones, afirmando de forma apocalíptica que "la muerte no va a tener la última palabra".

El hombre sólo de forma narrativa puede explicar la bella definición de símbolo como "presencia de una ausencia", en expresión de Rilke, y así el hombre sólo de forma simbólico-narrativa puede imaginar la gran ausencia y posible presencia que la muerte representará para todo humano.

En definitiva: con la narración el hombre es capaz de construir su presente mediante un ejercicio de memorización del pasado y de anticipo del futuro.

⁷ George Steiner, *Lenguaje y silencio*, Ed. Gedisa, Barcelona 1990, pág. 63.

El hombre no tiene otra forma para reconocerse: sólo narrándose en un trozo de tiempo. Y sólo entiende lo que se le cuente, en forma temporal, porque su única forma de conocimiento, como hemos dicho, es la secuencial, es decir: la narrativa.

La experiencia y el itinerario de transformación.

Otra de las características de la narración, es partir desde la misma concreción de lo vivido que decimos hemos experimentado. Entendemos así la experiencia no sólo como camino a recorrer, según quiere la misma etimología de la palabra, sino que se refiere a la transformación que experimenta el sujeto y a la que se refiere Heidegger:

“hacer una experiencia con algo –sea una cosa, un ser humano, un Dios– significa que algo nos acaece, nos alcanza, que se apodera, que nos tumba y nos transforma. Cuando hablamos de “hacer” una experiencia, esto no significa precisamente que nosotros la hayamos de acaecer; hacer significa aquí: sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente, aceptar, en la medida en que nos sometemos a ello. Algo se hace, adviene, tiene lugar.”⁸

Para explicar esta nueva conciencia puede servir la metáfora del viaje, y aquí sería Hegel el que podría intervenir. Lo explico.

Ese sujeto narrativo ha de *“irse de casa”*, primera secuencia: huye así de lo doméstico y de las soluciones tópicas y seguras. Precisamente por este afán de ruptura recibirá las advertencias e improperios más crueles. No se permite fácilmente ser diferente. Hay muchas clases de racismo, pronto atravesará la experiencia de extranjero en los nuevos territorios que va a frecuentar. Se considerará fronterizo, apátrida, indocumentado. Es la experiencia de los primeros padres huyendo del Paraíso, o del prisionero que había huido de la caverna imaginada por Platón.

El sujeto que ya se ha liberado de lo doméstico, es decir que ha logrado *“irse de casa”*, poco después de pasar por los sentimientos citados, estrena la inocencia adolescente y quiere conquistar el mundo. A esta fase Hegel la llama momento estoico. Con ello parecería indicar, por una parte, la necesidad propia del estoicismo de saber y conocer para poder situarse mejor dentro de una Naturaleza que la considera inabarcable, pero, por otra parte, el estoico respeta la Naturaleza hasta convertirse en el primer ecologista que invita a soportarla y posiblemente a fusionarse con ella.

El primer gran descubrimiento es la constatación de sentirse ciudadano de la Naturaleza. Con ella quiere fusionarse. A ella canta como San Francisco de Asís en su Cántico. Es la nueva secuencia de este largo viaje que va ir formando la nueva conciencia.

Después de estas bodas con la Naturaleza vendrán otras estaciones, el itinerario no es fácil: la duda, el escepticismo, la noche están a punto de llegar. De la fase más idealista pasamos a una secuencia más escéptica, y es que en toda realidad está extendida la escisión y el desgarramiento, hablamos de la secuencia del escepticismo y la duda.

Esto es lo que descubrimos cuando nos referimos a la finitud de las cosas: no sólo son limitadas, sino que lo negativo es esencial a su naturaleza y como nos recuerda Hegel: *«El ser de una cosa consiste en tener en ella misma la semilla de su desaparición, la hora de su nacimiento es la hora de su muerte.»⁹* La contradicción parece ser la matriz misma de donde el mundo emerge como horizonte de lo

⁸ M. Heidegger, *Del camino al habla*, Barcelona, Paidós, 1987, pág. 143.

⁹ Hegel, *Introducción a la historia de la filosofía*, Barcelona 1970, pág. 138.

razonable. Tan imposible es dejar atrás la contradicción como evitarla. Mientras hagamos historias de cosas y de hombres, habrá contradicción.

En esta fase nosotros estudiamos a S. Juan de la Cruz, que vivirá una experiencia cruel por falta de reconocimiento de sus más allegados y que le llevará a situaciones mortificantes y de angustiosas dudas.

Interpretaciones de la naturaleza

Me detengo un momento más, en estas secuencias, que tienen que ver con la naturaleza y con una posterior comprensión de lo religioso.

De alguna manera, nosotros hemos tenido en Europa una concepción sacralizada de la Naturaleza hasta llegar al Renacimiento.

El hombre de la Edad Media, que vivía fundamentalmente dentro de una cultura agraria, se sentía fusionado con ella. La sacralizaba de tal forma que allí encontraba los dictados más importantes de la Ley Natural. La Naturaleza era Madre nutricia de todas las necesidades humanas. Era un Gran Libro donde ya todo estaba escrito, era cuestión de interpretarla.

En este contexto hay que leer el magnífico *Canto a la Creación* de San Francisco de Asís, como hemos dicho.

Será en la época cartesiana cuando, con un método riguroso y recogidas todas las ansias de autonomía humana aparecidas en el Renacimiento, surge el sujeto como individuo enfrentado a la Naturaleza.

Ya no hay fusión con la Naturaleza. El sujeto humano se ha emancipado y con la Razón puede dominarla. Ha comenzado la desacralización de la Naturaleza. La Naturaleza ya no acoge ningún Misterio, "definitivamente los dioses han huido". El hombre puede con la ciencia desentrañar el enigma. Dios es otra cosa. ha comenzado la secularización.

Esto pasaba en Occidente. En las Religiones de Oriente, por ejemplo en la India, la Naturaleza seguía siendo sagrada y sus miles de dioses lo inundaban todo como un inmenso Ganges. En Africa, el autor Marc Augé había descrito en su libro a "*Dios como objeto*". Los dioses que habían huido de Europa habían emigrado a estos países.¹⁰

2.3. La necesidad de la ficción

Una de las realidades del hombre, que tiene que ver con el modo de vivir su existencia, es la necesidad de expresar o narrar con imaginación y un tanto de apasionamiento aquello que ha experimentado, hasta el punto de parecerle que si no lo expresa no existe.

Puede alguien objetar que la característica del místico es precisamente el silencio (recordando que mística proviene precisamente del verbo griego "myo", y que vendría a significar hacer silencio). Pero incluso el místico para proseguir con su silencio, tendrá que hacer evidente, al menos con actitudes y gestos lo que le sucede, e indicar la conducta que los demás intenta tengan con él.

Muchos místicos, a petición de quienes los rodeaban, comenzaron a narrar y muchas veces a escribir con imágenes, símbolos y metáforas, la experiencia que habían atravesado, por eso se pueden convertir en prototipos de la escritura religiosa, porque tratan de *ficcionar* (pintar o construir) sus experiencias, con la paleta de sus mejores colores.

¹⁰ Marc Augé, *Dios como objeto*, Gedisa, Barcelona 1998.

Los escritos de los místicos llaman su atención precisamente, porque nos hablan de otros mundos, otras posibilidades humanas, y de la experiencia de haber llegado a los límites de lo humano.

El ateo Nietzsche, “animal religioso” según lo apellidará su amiga Lou Andreas, se esfuerza por describir en qué consista “la revelación” que él mismo había experimentado en Sils-Maria, en la Alta Engadina, en una de sus paseos alrededor del lago Silvaplana. Resulta un ejemplo de lo que sea *ficcionar* una experiencia humana extraordinaria o “una vivencia de inspiración”, que luego describirá en el capítulo de *Ecce homo* sobre Zaratustra. De repente se nos revela a la vista y al oído, con indecible precisión una inefable delicadeza que nos conmueve y trastorna hasta lo más íntimo de nuestro ser, es la simple expresión de la realidad exacta. Y con esfuerzo poético acaba la descripción de la experiencia: “Se oye sin buscar nada, se percibe sin preguntar lo que le damos. Semejante a un relámpago, la idea brota absoluta, necesaria, sin dudas ni vacilaciones”.

Dejo hablar a Nietzsche, ahora completamente lírico y como pocas veces asequible y próximo:

“Es un encantamiento durante el cual nuestra alma, impulsada a una tensión sin medida, siente a veces el alivio de las lágrimas, y nuestros pasos, ajenos a nuestra voluntad, tan pronto se apresuran como se retardan; es un éxtasis que nos envuelve por entero, dejándonos la clara percepción de vibrar en mil estremecimientos finos y tenues, hasta la punta de las uñas; es una plenitud de felicidad en que el sufrimiento y el honor extremos no se sienten como un contraste, sino como partes integrantes e indispensables, como un matiz necesario en este océano de luz.

En todo esto no interviene para nada nuestra libertad voluntaria, y sin embargo, nos sentimos arrollados por un torbellino por un sentimiento pleno de embriaguez, de libertad, de soberanía, de omnipotencia.”

Nietzsche acaba esta cita refiriéndose a ese algo característico de la narración mística, común al éxtasis religioso y a la inspiración del genio artístico, como la constatación de que “las cosas vienen por sí mismas a nosotros, deseosas de transformarse en símbolos”. Pocas veces habrá estado tan perfectamente descrita la experiencia común de la inspiración religiosa y del artista:

Lo más extraño es el carácter de imposición absoluta que adquiere entonces la imagen, la metáfora. Se pierde la noción de lo que sean una y otra. Es como si se nos ofreciera la expresión más natural, más precisa, la más sencilla de todas. Realmente – según palabras de Zaratustra– las cosas vienen por sí mismas a nosotros, deseosas de transformarse en símbolos: “Y todas las cosas acuden a ti llenas de caricias, buscando sitio en tu discurso, aduladoras, te sonríen porque desean volar contigo... Tal es mi opinión experta de la inspiración “¹¹.

¹¹ Friedrich Nietzsche. Obras inmortales. Tomo I. Edicomunicación. Barcelona 1988. pág. 192